

¡Actúa!

Dr. Justo L. González



El Discípulo 3.1 (10 de 13)

Santiago 1.19-27

2 de febrero de 2014

TEXTO ÁUREO

«Sed hacedores de la palabra y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos». —Santiago 1.22

JESÚS Y EL REINO DE DIOS

¡Actúa!

RVR

VP

Santiago 1.19-27

¹⁹ Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse,

²⁰ porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios.

²¹ Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas.

²² Sed hacedores de la palabra y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos.

²³ Si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, ese es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural;

²⁴ él se considera a sí mismo y se va, y pronto olvida cómo era.

²⁵ Pero el que mira atentamente

Santiago 1.19-27

¹⁹ Recuerden esto, queridos hermanos: todos ustedes deben estar listos para escuchar; en cambio deben ser lentos para hablar y para enojarse.

²⁰ Porque el hombre enojado no hace lo que es justo ante Dios.

²¹ Así pues, despójense ustedes de toda impureza y de la maldad que tanto abunda, y acepten humildemente el mensaje que ha sido sembrado; pues ese mensaje tiene poder para salvarlos.

²² Pero no basta con oír el mensaje; hay que ponerlo en práctica, pues de lo contrario se estarían engañando ustedes mismos.

²³ El que solamente oye el mensaje, y no lo practica, es como el hombre que se mira la cara en un espejo:

en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo sino hacedor de la obra, este será bienaventurado en lo que hace.

²⁶ Si alguno se cree religioso entre vosotros, pero no refrena su lengua, sino que engaña su corazón, la religión del tal es vana.

²⁷ La religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre es esta: visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones y guardarse sin mancha del mundo.

²⁴ se ve a sí mismo, pero en cuanto da la vuelta se olvida de cómo es.

²⁵ Pero el que no olvida lo que oye, sino que se fija atentamente en la ley perfecta de la libertad, y permanece firme cumpliendo lo que ella manda, será feliz en lo que hace.

²⁶ Si alguno cree ser religioso, pero no sabe poner freno a su lengua, se engaña a sí mismo y su religión no sirve de nada.

²⁷ La religión pura y sin mancha delante de Dios el Padre es esta: ayudar a los huérfanos y a las viudas en sus aflicciones, y no mancharse con la maldad del mundo.

Introducción

Al empezar esta unidad dejamos atrás el evangelio de Lucas, que ha sido el tema de las dos unidades anteriores y tornamos la atención hacia la epístola de Santiago. A primera vista, esto podría parecer un salto radical. En realidad no lo es. En la lección anterior vimos que hay una relación indisoluble entre el creer y el obedecer. Ese será precisamente el tema de toda la epístola de Santiago, con su afirmación fundamental de que «la fe, si no tiene obras, está completamente muerta» (Stg 2.17). En otras palabras, que creer (tener fe) sin obedecer (hacer obras) no es verdaderamente creer. Ese fue precisamente el punto en que dejamos nuestro estudio en la unidad pasada, al considerar la parábola del rico y Lázaro. De igual modo, en Santiago nos toparemos una vez más con las preocupaciones sociales que vimos repetidamente en Lucas.

En la lección de hoy, el creer y el obedecer se expresan en términos de oír por una parte y hablar y actuar por otra. El tema del uso y abuso del habla parece preocuparle de manera particular al autor de esta epístola. Por tanto podemos suponer que se trataba de un problema serio en la iglesia primitiva —¡como sigue siéndolo en nuestras iglesias veinte siglos más tarde!

Hay diversas maneras de abusar de la palabra. Una de ellas es su mal uso, el destructivo, eso que llamamos el «chisme» —y a eso

le dedica Santiago buena parte del pasaje de hoy. La otra es usar palabras en vano, decir y no hacer —y de eso se ocupa también Santiago al afirmar, hacia el final de nuestro pasaje, que «la religión pura y sin mancha delante de Dios» consiste tanto en «guardarse sin mancha» como en ocuparse de las necesidades de las personas desposeídas y desamparadas —los huérfanos y las viudas.

Análisis de la Escritura

Santiago 1.19-27

v. 19: *mis amados hermanos*: En griego como en español, casi todas las palabras tienen género. (Todas las palabras son femeninas si nos referimos a un nombre femenino —*la libreta negra*— mientras que son masculinas en el caso contrario —*el libro negro*). En consecuencia, el uso de un lenguaje absolutamente inclusivo se vuelve engorroso —pues tendríamos que decir, por ejemplo «los buenos y las buenas hermanos y hermanas cristianos y cristianas». Es por eso que, al tiempo que hay que cuidar de no usar lenguaje excluyente, en el uso cotidiano decimos, «¿cuántos hijos puertorriqueños tienes?», a lo que se nos responde «tengo un hijo y una hija puertorriqueños y una hija dominicana». Esto quiere decir que, al igual que la pregunta acerca de los «hijos» se refiere en realidad a varones y mujeres, el uso de la palabra «hermanos» en este pasaje y en muchos otros se refiere tanto a varones como a mujeres. Sería correcto traducir lo que Santiago dice como «mis amados hermanos y hermanas». La epístola no se dirige exclusivamente a los «hermanos» varones, sino a toda la comunidad de fe y cada uno de sus miembros. Lo mismo es cierto más adelante en el mismo versículo: *todo hombre sea...* La palabra que la versión Reina Valera traduce como «hombre» en realidad se refiere a todo ser humano.

.... pronto para oír, tardo para hablar: Ideas semejantes se encuentran en las Escrituras de Israel. Por ejemplo, Proverbios 13.3 afirma que «El que guarda su boca guarda su vida, pero al que mucho abre los labios le vendrá ruina». Lo mismo se afirma en el dicho popular de que fue por buenas razones que Dios nos dio dos oídos y una sola boca —es decir, que debemos escuchar dos veces antes de hablar una.

.... tardo para airarse: Esto se encuentra tanto en las Escrituras de Israel como en la sabiduría popular de hoy. Así, en Eclesiastés 7.9 se nos aconseja: «No te apresures en tu corazón a enojarte». En la cultura popular se nos aconseja que si sentimos ira o enojo (si estamos «enchismados» o «agallados») contemos hasta diez antes de responder o de actuar —lo cual quiere decir ser «tardos» para la ira.

v. 20: *la ira del hombre la justicia de Dios:* Nótese que Santiago no dice que no haya ira en Dios. Tal cosa sería contraria buena parte de lo que nos dicen tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. En Dios sí hay ira y hay justicia — lo que es más, lo que causa la ira de Dios es la injusticia. En el ser humano, hecho a semejanza de Dios, hay deseos de justicia e ira ante la injusticia. El problema está en que muchas veces disfrazamos nuestras actitudes airadas pretendiendo que defienden la justicia de Dios. La peor de las iras es la que, aunque se fundamenta en otras razones, pretende servir a la justicia de Dios. Es por eso que la religión ha provisto excusas para tanta violencia y tantas muertes.

v. 21: *la palabra implantada:* Es decir, la palabra de Dios, que ha sido implantada en el corazón del creyente. Esa palabra sí nos lleva a la justicia de Dios y a la salvación.

.... *vuestras almas:* Algunas versiones dicen «vidas» pero el texto griego dice «almas», como la versión Reina Valera.

v. 22: *hacedores de la palabra:* Aquí no se trata de nuestra palabra —es decir, de practicar la sinceridad, haciendo lo que decimos— sino de la palabra de Dios. Esta es la «palabra implantada» del versículo anterior. Nótese que lo que Santiago menciona aquí es el tema que le ocupará más adelante, en 2.14-26.

.... *engañándoos a vosotros mismos:* Si se tratara de mera sinceridad engañaríamos solamente a los demás, haciéndoles pensar una cosa mientras pensamos o hacemos otra. Puesto que se trata de la «palabra implantada» en nuestros corazones, faltar a ella no es solamente engañar a otras personas, sino autoengañarnos, pensando que somos lo que en verdad no somos y hasta imaginando que podemos engañar a Dios.

v. 23: *considera en un espejo su rostro natural... y se va, y pronto olvida:* Lo que el espejo nos dice es verdad. (Hay hasta un dicho en el sentido de que «el espejo nunca miente».) Posiblemente porque no nos agrada lo que vemos, rápidamente lo olvidamos. Ese olvido es engañarnos. El no vernos como somos no nos hace ser lo que pretendemos o imaginamos. La palabra de Dios nos dice cómo somos. Como no nos gusta o parece exigirnos demasiado,

PROPÓSITO

Ver la relación estrecha entre el decir y el hacer. Ver que esa relación existe en forma suprema y perfecta en Dios, cuya palabra es acción. Quienes se declaran sus hijos e hijas han de procurar ser sus imitadores diciendo lo que hacen y haciendo lo que dicen. Entender que escuchar la palabra de Dios es ponerla por obra y que es por eso que la fe sin obras es muerta. Comprometernos a buscar que nuestros hechos concuerden con nuestras palabras.

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

- I. La relación de toda esta unidad con la lección de la semana pasada (Stg 1.19-27).
 - A. Creer y obedecer (el rico y Lázaro).
 - B. Decir y hacer (Santiago).
- II. El poder de la palabra.
- III. Obedecer la «palabra implantada».
 - A. En nuestras palabras.
 - B. En nuestros hechos.

hacemos con ella lo mismo que con nuestra imagen en un espejo y la olvidamos.

v. 25: *la perfecta ley, la de la libertad*: Frecuentemente pensamos que la ley se opone a la libertad. La verdadera libertad consiste en ser quienes somos y esto solamente podemos hacerlo siguiendo la ley y dirección de quien nos hizo. Pretender vivir de otro modo, contra la voluntad del Creador, es falsificarnos y esclavizarnos.

v. 26: *la religión del tal es vana*: Nótese el contraste entre esto y la religión «pura y sin mancha» de que trata el versículo siguiente.

v. 27: *religión pura y sin mancha... visitar... y guardarse*: La religión no es «pura» porque sus doctrinas sean correctas. Aunque nos sorprenda, tampoco es «pura y sin mancha» si nos guardamos *sin mancha del mundo*. La verdadera religión requiere obedecer la palabra de Dios en nuestras relaciones sociales y ocuparnos de las necesidades de otras personas —las *viudas* y los *huérfanos*. La verdadera religión tiene ciertamente una dimensión de pureza personal —*guardarse sin mancha del mundo*. Tiene una dimensión social —*visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones*. Por sí sola, la moral puramente personal —no contaminarse con el mundo— no es cristiana. Por sí sola la buena acción social —visitar a los huérfanos y las viudas— tampoco es cristiana. La *religión pura y sin mancha* es la que incluye ambas dimensiones. Más adelante, el capítulo 2 de la epístola se enfocará en la dimensión social y el 4 en la personal.

Aplicación

Como hemos dicho, hay una relación estrecha entre lo que estudiamos en la unidad anterior acerca del mensaje de Jesús en Lucas y lo que ahora estudiamos en la epístola de Santiago. La lección de la semana pasada nos dejó pensando en la afirmación de Bonhoeffer en el sentido de que solo quien obedece cree y solo quien cree obedece. Ahora Santiago continúa con el mismo tema, aunque lo lleva más allá del cuidado por los menesterosos y lo aplica primero a la relación entre el decir y el hacer y luego a las prácticas y relaciones sociales. Puesto que estos temas aparecerán repetidamente en las cuatro lecciones sobre Santiago, podemos

empezar a explorarlos hoy, sabiendo siempre que en el resto del mes tendremos oportunidad para considerarlos más detenidamente.

Lo difícil que resulta hacer que nuestras acciones concuerden con nuestras palabras se ve hasta en algunos de los dichos populares. Así decimos, por ejemplo: «Del dicho al hecho hay un largo trecho», y «Haz lo que te digo, pero no lo que hago». Santiago nos exhorta a todo lo contrario, es decir, a hacer que lo uno concuerde con lo otro.

La palabra misma es acción. Cuando hablamos, nuestras palabras tienen efectos positivos o negativos. Es por eso que Santiago dice que el creyente ha de ser «pronto para oír, tardo para hablar» (v. 19).

¿Será que a veces no son solamente nuestros hechos los que contradicen nuestras palabras, sino que nuestras palabras mismas se contradicen entre sí? Veamos algunos ejemplos: Decimos amar al prójimo, pero hacemos correr chismes acerca de él. Decimos que somos seguidores de Jesús, pero si alguien nos ofende saltamos como un resorte y le respondemos con rudeza. En medio de un tapón en el tránsito, alguien se entremete y le gritamos insultándole. ¿Qué diría

VOCABULARIO BÍBLICO

«**SANTIAGO**»: Puesto que en el pasaje de hoy no hay palabras difíciles, conviene dedicarle nuestra atención al nombre mismo, «Santiago». Nuestras versiones traducen como «Santiago» el nombre de *Iakobos*, que es la forma griega de *Jacob*. Lo que ha sucedido es que en el español antiguo ese nombre se traducía por «Iago» —de donde viene también «Diego». Al referirse a los discípulos de Jesús y a su hermano llamado *Iakobos* o Iago, se les llamaba «Sant'Iago». Después el título de santo se combinó completamente con el nombre y se empezó a decir «Santiago». Es por eso que, mientras decimos «San Pablo» y «San Pedro», nunca decimos «San Santiago».

El Santiago que se presenta como autor de esta carta parece ser el hermano del Señor, que no fue su discípulo al principio, pero sí lo fue tras la resurrección (Jn 7.5; Hch 12.17). Puede ser el hijo de Zebedeo (Mt 4.21; Hch 1.13) o hasta el hijo de Alfeo (Mt 10.3), de quien se sabe bien poco.

RECOMENDACIONES EDUCATIVAS

Entre las recomendaciones educativas que pueden servir de guía en el desarrollo y análisis de la presente lección, están las siguientes:

- Al preparar esta lección sería bueno echarles un vistazo, aunque sea somero, a las otras tres del resto de esta unidad. El modo en que Santiago presenta y refuerza lo que dice es repitiéndolo y remachándolo. En las lecciones que siguen volveremos sobre varios de los temas que aparecen en la de hoy —por ejemplo, el uso y abuso de las palabras. Esto quiere decir que los temas y discusiones que se aborden en esta lección volverán a aparecer en otras, y por tanto, que el maestro o maestra no tiene que preocuparse si algo queda pendiente y deberá continuarse en otra lección.

- Quiere decir que las cuatro lecciones de esta unidad se prestan muy bien para conectarlas todas con un aspecto o programa de la vida de la iglesia. Puesto que en la lección 25 volveremos sobre el tema de la fe y las obras, al preparar la lección de hoy piense en algunas de las «obras» que la iglesia realiza o apoya. (¿Hay, por ejemplo, algún programa de asistencia social? ¿Algún programa de consejo legal y de ayuda a los indocumentados?). De ser posible, haga arreglos para que la clase visite ese programa, de modo que en todas las discusiones de esta unidad podamos tener en mente el ejemplo concreto de lo que la iglesia está haciendo en ese contexto o en respuesta a esa necesidad específica.

- Como ayuda específica para la lección de hoy, coloque un espejo lo más grande posible a la entrada del salón, de modo que al entrar cada quien se vea a sí mismo. Más adelante en la clase, pregunte lo que recordamos de lo que vimos. Al vernos ante el espejo, ¿qué pensamos? ¿Nos arreglamos algún mechón de pelo suelto? ¿Nos enderezamos la corbata o el cinturón? ¿Nos erguimos para mejorar nuestra postura? ¿Cuánto de eso hemos olvidado?

- Concluya la clase con la oración provista.

Santiago respecto a todo esto?

Santiago se refiere a la palabra de Dios en nuestros corazones como la «palabra implantada». Cuando damos tales respuestas, ¿no será que las palabras de nuestra ira se superponen y ocultan esa palabra implantada? Significativamente, en la iglesia hablamos mucho acerca de «la palabra de Dios», pero frecuentemente hacemos poco esfuerzo por sujetar nuestras palabras a esa palabra divina. Es por eso que Santiago señala que alguien puede creerse religioso, pero si «no refrena su lengua», su religión es vana.

No siempre es cuestión de falta de sinceridad, sino más bien de falta de constancia. Es a eso que se refiere Santiago al hablar de un espejo en el que nos miramos, pero del que pronto nos olvidamos. Cuando estamos frente al espejo vemos la realidad claramente. No podemos ocultar nuestros defectos, arrugas o canas. Cuando no estamos ante él todo eso tiende a olvidárenos y no nos vemos ya exactamente como nos vimos antes en el espejo. En la iglesia y en el culto o en el momento de devoción privada, escuchamos la «palabra implantada», pero luego, en la vida cotidiana, se nos olvida.

Se cuenta que en una iglesia un señor oraba fer-

vientemente: «¡Lléname, Señor» y que otro que le conocía bien decía: «No lo llenes, que se sale». Esto no quiere decir necesariamente que el que oraba no fuera sincero. Posiblemente en ese momento estaba ávidamente deseoso de la presencia del Señor, pero el otro que le conocía sabía que tal sinceridad, por muy profunda y fervorosa que fuera al momento, sería inconstante. Esto es lo que quiere decir Santiago con su referencia al espejo: quien se mira en él ve la verdad, pero pronto la olvida.

Las palabras se contradicen no solamente con otras palabras, sino con hechos y acciones que no concuerdan con ellas. Es por eso que hacia el final del pasaje que estudiamos Santiago señala que la religión «pura y sin mancha» consiste en acciones de servicio y de apoyo a las viudas y los huérfanos. Esto no quiere decir que se limite a eso. En la lección de la próxima semana Santiago nos dirá que «cualquiera que guarde toda la ley, pero ofende en un punto, se hace culpable de todos». Los mandatos de Dios tienen unidad interna y no basta con cumplir uno o dos y olvidarse del resto. Lo que Santiago está haciendo aquí es tomar el tema de los huérfanos y las viudas como caso específico que implica todo lo demás que el pueblo de Dios ha de hacer.

Lo que todo esto quiere decir es que, al tiempo que es importante que nuestras palabras sean consecuentes con sí mismas y con la «palabra implantada», también nuestras acciones han de ser consecuentes con esa palabra —lo que en el ejemplo de Santiago consiste en «visitar a los huérfanos y a las viudas en sus tribulaciones».

En toda la Biblia se habla de prestarles especial atención, no solo a los huérfanos y a las viudas, sino a los pobres y a los forasteros. Esto se debe a que en aquella sociedad éstas eran las personas más desamparadas. Ciertamente, hoy todas esas categorías de personas necesitan apoyo, amor y sostén. Lo mismo es cierto de toda persona desamparada en nuestro derredor. Hoy hay orfanatos, seguridad social y otras instituciones que les hacen la vida más llevadera a los huérfanos y las viudas. ¿Quiere decir eso que ya no vale lo que Santiago dice? ¿O quiere decir más bien que debemos interpretarlo y aplicarlo en un contexto distinto, y de una manera diferente?

Todo esto nos lleva a la pregunta fundamental que como creyentes tenemos que hacernos a cada paso: ¿Quiénes son hoy en nuestro medio las personas desamparadas como los huérfanos y las viudas de antaño? Ciertamente, todavía hoy las viudas y los huérfanos necesitan especial apoyo, si no económico, al menos sicológico, en forma de amor, consuelo y amistad. ¿Quiénes son otras personas desamparadas en nuestro medio? ¿Los inmigrantes indocumentados? ¿Quiénes carecen de albergue? ¿Quiénes son esclavos del vicio y de las drogas? ¿Qué sería en tales casos el equivalente de «visitar a los enfermos y a las viudas en su tribulación»?

Resumen

- Santiago parece preocuparse particularmente por dos temas. Ambos aparecen en la lección de hoy y en el resto de la unidad.

- El primero es tema de la «lengua» o de las palabras y su poder tanto para bien como para mal. Aunque Santiago trata principalmente sobre el habla humana, esto se basa en el habla de Dios, en lo que Dios dice —lo que Santiago llama «la palabra implantada». El interés fundamental de Santiago es que nuestras palabras humanas reflejen la palabra de Dios implantada en nuestros corazones. Eso quiere decir que las palabras falsas, insultantes o impensadas no han de tener lugar en nuestra habla.

- El segundo tema es que nuestras palabras no solo han de reflejar la «palabra implantada», sino que ellas mismas han de reflejarse en nuestras acciones. Este tema puede a su vez subdividirse en dos. Primero, la constante presencia de la «palabra implantada», de modo que la olvidemos como olvidamos nuestra imagen en un espejo. Segundo, la manifestación de esa palabra en acciones externas, como el ocuparse de los huérfanos y de las viudas.

Oración

Gracias Señor, por dos dones en particular. Primero, por el don de tu Palabra, que nos dice quiénes somos y quiénes hemos de ser. Segundo, por el don de nuestra palabra, que nos permite comunicar tu Palabra, expresar nuestro amor y en este mismo momento dirigirnos a Tí. Ayúdanos a ser siempre fieles en el uso de este poderoso don. Por Jesucristo, tu Palabra hecha carne, Amén.

LECTURAS DEVOCIONALES PARA LA PRÓXIMA SEMANA

Lunes

Santiago 1.1-18

Miércoles

Santiago 4.1-10

Viernes

Santiago 5.1-6

Martes

Santiago 3.13-18

Jueves

Santiago 4.11-17

Sábado

Santiago 5.7-12